**EL SEXO ES BUENO PARA PENSAR¹
(SOBRE DENZIL ROMERO)**

Mónica Marinone*
Universidad Nacional de Mar del Plata

PALABRAS CLAVE: LITERATURA, HISTORIA, REVOLUCIÓN, EROTISMO, ROMERO

El título de este artículo remite a una proposición de Claude Lévi-Strauss citada por Robert Darnton en su ensayo *El coloquio de los lectores* (61). Se activa desde la perspectiva de la lectura (y escritura) de *La esposa del Dr. Thorne*² (1988), especialmente ante la pretensión de reconstruir cierto archivo (imaginario) que vislumbró en trasfondo. Es una novela erótica acerca de la vida y la obra de Manuela Sáenz, la eterna amante de Simón Bolívar, que se ubica de lleno en las opciones temáticas y discursivas del venezolano Denzil Romero (1938-1999). Lo anterior debido a que sus novelas siempre se fundan en una combinación de escritura exacerbada y de elecciones referenciales, operan como “determinantes desplazados” (Jitrik 25) al saber de antemano su destino terrible —lo que impregna de carácter trágico los relatos—, por gestos y modalidad configurativa siempre rondan el *exceso* como desafío a lo verosímil. De este modo, Romero ha insistido en reescribir el panteón aunque en sentido contrario al que Ernest Renan (19) sugiriera (“Un

* marinone@mdp.edu.ar

¹ Este artículo toma aspectos desarrollados en mi tesis doctoral (inédita) acerca de las narrativas de Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri y Denzil Romero.

² Con esta novela, Romero ganó el *X Concurso Sonrisa Vertical* en 1988. En ese año, Tusquets editó la novela tres veces: una en marzo y dos en abril.

pasado heroico, grandes hombres, gloria [...] es el capital social sobre el que se asienta una idea nacional”)³ y me parece, en sesgar un tiempo histórico, confiriendo carnadura a pulsiones y anhelos a veces presentes, otros obliterados, en proyectos tan fundacionales como desmedidos —pienso en los escritos de Simón Bolívar. Ha sido su modo de indagar, entre muchas cuestiones, aspectos poco considerados de los modelos organizativos de nación para nuestro continente (otra vez los magistrales escritos bolivarianos) asediando sus fisuras, ésas que la mirada histórica suele evadir.⁴

Si *La esposa del Dr. Thorne*, como otro relato de la memoria, es una exploración de la continuidad entre pasión, política y poder a través del lenguaje, propiciatoria de la interrogación y la controversia desde una transgresión que intranquiliza porque es puro regodeo en el *exceso*, también podría considerarse *Bildungsroman*. Un aprendizaje de la libertad asentado en el estado de naturaleza por parte de esta Manuela, empeñada en búsquedas que son pura producción y muestra de deseo aunque forme parte del núcleo desde donde las prescripciones emanan (como enseñara Maurice Blanchot: “la subversión vino desde donde nadie la esperaba”).⁵

El aprendizaje implica educación. Como se sabe, la Educación es el espacio acompasado a la nación en tanto idea, imagen y aspiración al mismo tiempo (Baechler 15), la que precozmente anhelara Simón Bolívar.⁶ Educación como aparato regulador, derecho y deber, casi metáfora de la sociedad pretendida, que en sí misma sería una escuela (un deseo de Simón Rodríguez, su maestro) cuando se alcanzara la

³ “A heroic past, great men, glory [...] this is the social capital upon which one bases a national idea”, la traducción es mía.

⁴ Junto con *La carujada* (1990), *La esposa del Dr. Thorne* es una de las dos novelas estrictamente “bolivarianas” que Romero ha escrito. *La tragedia del Generalísimo* (1983), *Gran Tour* (1988) y *Para seguir el vagavagar* (1994) son su trilogía de Francisco de Miranda. Todas constituyen una saga (era su propia denominación) acerca de la empresa libertadora orientada a instaurar la república.

⁵ Respecto del exceso es iluminador su ensayo sobre Sade (Capítulo IX).

⁶ Es un anhelo muy visible en narrativas posteriores que contribuyen a la instauración de nuestras naciones modernas en sus variantes regionales y permiten circular por el terreno del positivismo asociado con propuestas de corte liberal un lugar de síntesis y proyección optimista. Desde aquí, la educación es claramente el dispositivo de resolución para la urgencia homogeneizadora, la consolidación de una masa ciudadana, la promoción de movilidad social; entonces, una *función* en la que se deposita toda la confianza, y por ello,

felicidad prometida por los ilustrados. La educación es, desde este imaginario, lo que no “tolera el vacío” (Bauman 101); lo opuesto a la buena educación es la mala educación, no su falta, de ahí que se constituya en la mayor necesidad cuando se piensa en el llenado de una nación como “morfología” unificadora (Baechler 10), la gran empresa bolivariana a través de hechos y escritura.⁷ Por eso el “juego” con la idea de nación latinoamericana que Romero emprende, a fines del siglo xx, al interrogar la memoria revolucionaria como grado cero de nuestra historia me parece que implica no sólo la revisión del ideario de la emancipación, sino el de la Revolución francesa por él resignificado, arrastrando indefectiblemente la educación entre sus componentes.

Como se sabe, los debates más fructíferos del pensamiento francés de la época revolucionaria tuvieron en la educación un centro de reflexión inmejorable, porque relacionaba cultura y poder, libertad e igualdad, dominantes y dominados, etcétera. Zigmunt Bauman (104) dice, apoyándose en los rigurosos análisis de Bronislaw Baczko, que la política educativa de entonces fue modelada por el *élan pédagogique* o legado de la Ilustración en el convencimiento profundo de que la educación podía todo (“L’éducation peut tout” es una frase conocida de Claude Adrien Helvetius). Entre ese *todo* estaba la posibilidad de producir (ellos decían “fabricar”) una clase nueva de seres humanos, emancipados de “prejuicios”, abiertos a un potencial pedagógico cuyos límites sólo dependerían de la inventiva de los legisladores. Los famosos debates son iniciados por el conde de Mirabeau, precursor de “pensar la experiencia revolucionaria en términos de educación” y por Charles–Maurice, príncipe

una *responsabilidad* del Estado y de ciertos hombres capaces de proveerla, promoverla y asumir dichas acciones: los intelectuales “legisladores” a que se refiere Zigmunt Bauman.

⁷ Es conocida la tenaz tarea escrituraria de Bolívar (se estima que produjo más de 10 000 documentos), cristalizada de manera eficaz en su intento de persuadir sobre la urgencia de la autonomía nacional y, paradójicamente, fundado en premisas conductoras de un modelo político diverso —basado también en la dominación colonial— por aparecer económica y culturalmente más progresista que el anterior. Se percibe un ejercicio de fuerza imperativo como el bélico, orientado a consagrar su autoconstruida imagen de líder de la Patria Grande soñada, por la posesión de un saber ligado a la concepción de la política como ética, y a la función de esclarecimiento y formación de opinión pública. Un ejercicio que, a pesar de desarrollarse ajeno a cualquier voluntad “literaria”, se concreta en expresiones tan armónicamente configuradas en su significado y su forma que se destacan entre las mejores de su tiempo.

de Talleyrand, quien sostenía “la libertad de enseñanza, no estableciendo su obligatoriedad ni limitación” (*apud.* Weinberg). Sin embargo, otras dos figuras se destacan hasta nuestros días como paradigmáticas de la eterna controversia, pues encarnan posiciones antagónicas, por ejemplo, respecto de los alcances populares de la educación. Me refiero a Jean-Antoine-Nicolas Caritat, Marqués de Condorcet, y a Jean-Jacques Rousseau. El primero, uno de los más fervientes defensores de la diferencia entre instrucción (estatal, universal y gratuita) y educación (no obligatoria y no universal), adopta al respecto una posición menos restringida que el segundo: piensa que es posible “instruir” a toda la masa del pueblo. En cambio, Rousseau (15) parece trazar en el *Emilio* (1762) otros límites (“El pobre no necesita educación; la asociada a su estado es forzosa y no puede tener otra”).⁸ Esta observación importa para nuestro continente, por ejemplo, en relación con Simón Rodríguez y su revisión de los aportes de Rousseau, su programa de Educación Social influido por el Socialismo utópico o su ataque a la instrucción en beneficio de la educación, pero también en relación con Simón Bolívar.

En su Proyecto de Constitución de 1819, incluye en la Sección Tercera, después de referirse a la Cámara Moral, las “Atribuciones de la Cámara de Educación” (*Doctrina* 127-134). No es, obviamente, la única oportunidad en que Bolívar establece pautas acerca de este componente, pero cabe la mención, pues sí es el único caso donde lo plantea como espacio normativo a través de un órgano de ejecución que sucede a otro, el del Poder Moral (sin duda este gesto se torna operador para Denzil Romero respecto del imaginario que intenta reconstruir en su narrativa). La Sección Tercera del Proyecto consta de trece artículos y describe la conformación de la Cámara, sus funciones y atribuciones en lo referido a la articulación del aparato educativo de la nación, sus formas, reglamentos de organización y policía, etcétera. Del artículo tercero al sexto se jerarquiza la educación (“este asunto”) cuidando especialmente la difusión y publicación —en traducciones— de lo producido hasta entonces en torno al tema y apelando a contribuir a la discusión intelectual desde propuestas locales, otro modo de participación en el concierto revolucionario europeo, otra forma de internacionalizar la gesta

⁸ En *La nueva Eloísa*, es terminante: “No enseñéis al hijo de un aldeano, dado que no son aptos para la enseñanza” (*apud.* Bauman 116).

emancipadora americana.⁹ La Sección apunta en lo medular a la educación como formación de una masa ciudadana, tanto en lo que atañe a su alfabetización como a una toma de conciencia de “ideas y sentimientos de honor y probidad, amor a la patria, a las leyes y al trabajo, respeto a los padres, a los ancianos, a los magistrados y adhesión al gobierno”. Es claro: nación y educación, dos espacios acompasados, encauzados por sistemas de ortopedia hacia su implementación eficaz.

Interesa Rousseau, una de las fuentes primarias de Bolívar, y su puesta en diálogo con otros pensadores franceses cuyas ideas rozan los debates para un examen de la noción de *Bildungsroman* que sugiero en esta lectura de *La esposa del Dr. Thorne*. Si la doctrina pedagógica desarrollada en el *Emilio* tiene en la Naturaleza un motor y una directriz de las reflexiones por la valoración de su superioridad (“¿Queréis ir siempre bien guiado? Pues no os apartéis de las indicaciones de la Naturaleza”, 282), también está, entre otros, la noción de equilibrio asociada con la plena realización del hombre y la mujer naturales. El mandato de Rousseau (325), “Buscad en todo la medianía”, revela sucintamente una necesidad expuesta de continuo e instaura una culminación —a la que se debe tender— marcada por el control de cualquier exceso (lo que está fuera de la razón) y la sujeción a los límites impuestos por ciertas variables de ‘orden’:

En todo quiso el Ser Supremo honrar la especie humana: si da al hombre desmedidas inclinaciones, le da juntamente la ley que las regula, para que sea libre y mande en sí propio: si le abandona a inmoderadas pasiones, con estas pasiones junta la razón para que las rija: si abandona a deseos sin raya la mujer, con estos deseos junta el pudor que los contiene; y añade para más cúmulo una actual recompensa al buen uso de sus facultades, es decir, el gusto que toma a las cosas honestas quien las hace regla de sus acciones. (Rousseau 280)

⁹ Para Bolívar, el afianzamiento de las propias empresas implicaba siempre un más allá de los límites continentales. La “Carta de Jamaica” es un escrito revelador, tanto en sus componentes descriptivos como programáticos, del afán por universalizar los conflictos locales y reafirmar una pertenencia al archivo (histórico) occidental.

Mónica Marinone

El fragmento redonda en una tensión resuelta por el “buen uso” de ciertas facultades y la “recompensa” que de eso deviene. También recuerda a Kant aludiendo a la virtud como aquello capaz de “reducir bajo el propio poder (el poder de la razón) todas las inclinaciones” hacia un “dominio de sí” que significa “la prohibición de dejarse dominar por los propios sentimientos y las propias inclinaciones”. Se trata de la virtud (ideal pregonado por Rousseau)¹⁰ fundada en la libertad interior y asociada a la vida moral propiciando un “estado de salud” opuesto a la “disminución” que sobreviene cuando el entusiasmo o la pasión se “adueñan del hombre”.¹¹

El impulso domesticador (los procesos educativos erigidos en favor de una salida de la minoridad de la que sólo el hombre es culpable según Kant) ha conllevado en nuestros procesos históricos de formación la represión o desfiguración de los instintos y las pasiones entendidos como desviación (*excessus*). En los discursos fundacionales, dicho impulso atiende, en especial, al cuerpo y la voluntad, y cuando se trata de las mujeres, se asocia con una institución, la familia, núcleo modélico inicial, unidad productora de orden y moralidad en las naciones modernas. Bolívar (Rodríguez fue su maestro) establece taxativamente, en el artículo segundo de las Atribuciones de la Cámara de Educación, el protagonismo de las “madres” en el cumplimiento de la primera etapa de su programa educativo (Rousseau *dixit*¹²), también el de los “curas” en la difusión de

¹⁰ “La virtud es una [...] Quien la ama, la ama en toda su integridad”, “Sofía ama la virtud y este amor se ha hecho su pasión dominante” (*Emilio* 304 y 314 respectivamente).

¹¹ *apud.* M. Horkheimer y Theodor Adorno 119.

¹²

La educación primera es la que más importa, y ésta, sin disputa compete a las mujeres; y si el autor de la Naturaleza hubiera querido fiársela a los hombres, les hubiera dado leche para criar a los niños. Así, en los tratados de educación se ha de hablar especialmente con las mujeres [...] las leyes, que siempre se ocupan en las cosas, y casi nunca en las personas, porque su objeto es la paz, no la virtud, no otorgan la suficiente autoridad a las madres [...] (*Emilio*: Libro Primero)

Como sucede a lo largo de todo el tratado, Rousseau después se encarga de ajustar qué entiende por “madre”. El Libro Quinto abunda en la educación de “Sofía o la mujer” (también la madre adecuada).

“instrucciones” acomodadas (legibles) para ellas a tal efecto. Si la virtud, la discreción, la obediencia, el ahorro —de bienes materiales y deseo— son, en los discursos fundacionales, los ejes sustentadores de un universo femenino adecuado, ajeno a vicios, desacatos y escándalos (lo sujeto a castigo por ley o exclusión), entre otras cosas porque es soporte de la primera educación, Romero insiste en oponerse. Su Manuela Sáenz pasa por todas las experiencias sexuales concebibles entre los seres humanos, movida por un deseo enardecido hacia la saturación máxima del placer. Lejos está de ella la formación de una familia (no pudo con James Thorne, tampoco con Bolívar) y su posibilidad maternal es fallida (con ambos). Por eso, la educación que Romero sugiere en cuanto a exaltación de la experiencia a través del cuerpo, las sensaciones, las pasiones, se acercaría a la *Filosofía en el tocador* (1795) de Sade. Pero la novela como universo completo abriría entre otros, a Charles Fourier y *El nuevo mundo amoroso*, a la noción de armonía¹³ también como realización, aunque planteada desde un lugar rehabilitador de la vitalidad sofocada por las “falsas luces” (la expresión es de Fourier 360).

Sade parece atravesar el *Emilio*. En el Libro Quinto, en el apartado “Sofía o la mujer”, Rousseau centra la educación conveniente de cuerpo, mente y espíritu femeninos. La denostación del “tocador” por ejemplo, donde precisamente Sade radica su filosofía, ocupa buen espacio (“Dad sin escrúpulo educación de mujer a las mujeres; haced que se aficionen a las tareas de su sexo, que sean modestas [...] y se les olvidará muy pronto el abuso del tocador”, Rousseau 292). Sade (49) cita a Rousseau o se aferra a la Naturaleza —dije: motor y directriz de su doctrina pedagógica— yendo, como siempre, hasta el fondo de lo posible: convoca, se regodea y esta resignificación es solo revuelta para contra-decir. Cuando Mademoiselle de Saint-Ange educa a Eugenia como libertina, aconseja:

[...] nuestros desórdenes [...] cualesquiera sean los excesos a que seamos capaces de llevarlos, lejos de ultrajar la naturaleza representan un sincero homenaje que a ella rendimos: ceder a los deseos que sólo ella ha puesto en nosotros sólo significa obedecer a sus leyes; sólo cuando le oponemos resistencia la ultrajamos. (49)

¹³ El mundo utópico de Fourier, como se sabe, llevaba este nombre.

Mónica Marinone

Y más adelante: “[...] en todos los casos, amorcito, fornicamos, porque para fornicar hemos nacido y al fornicar cumplimos con las leyes de la naturaleza, puesto que *toda ley humana contraria a las de la naturaleza sólo merece ser despreciada*” (Sade 52). La frase que subrayo evoca, en tono y espíritu, muchas sentencias de Rousseau en el *Emilio*. La dedicatoria que abre *La filosofía en el tocador* menciona a los voluptuosos de todas las edades y todos los sexos (los que hicieron la revolución, según Baudelaire) como destinatarios pretendidos y su primer párrafo es un encomio de las pasiones por sobre los límites de cualquier moralismo. A continuación, una frase en modalidad imperativa desde la elección verbal (“La madre prescribirá a su hija la lectura de este libro”) regresa de algún modo a las observaciones iniciales sobre la primera educación o la función de la mujer como promotora —destinataria de la misma en un proceso a lo largo de generaciones. También incluye, en un conjunto de textos, los manuales y tratados, artefactos normativos de gran prestigio hacia la fijación de modelos (de feminidad por ejemplo) impuestos por una red discursiva que históricamente tramara su sentido. La sola frase de Sade y la dedicatoria son muestras de lo que vendrá: la inscripción obscena del disturbio en dicha trama o fractura de un estado de equilibrio, lo que reenvía a Denzil Romero atentando —a través de un ‘real’ productivo para esos fines— contra la compactación del discurso de autoridad.

Manuela es, desde su gestación, ajena al estado de ley. “Había nacido de una unión adulterina entre el rico comerciante español Sáenz de Vergara y la linajuda quiteña [...] María Joaquina de Aispuru Sierra y Pampley [...]” (Romero 30). Crece en un contexto de “relajación y libertinaje”, cuando se imitan modalidades cortesanas, la “forma de vida de la Ilustración francesa” (Romero 30). Si Rousseau apela a una primera educación en contacto con lo natural, es la que lleva la niña Manuela, quien se vuelve una amazona, “se baña desnuda en los ríos y lagunas, participa en los juegos de varón [...] cultiva el placer de la aventura, el desparpajo y la sensualidad” (Romero 35).

Zigmunt Bauman (106) indica que el objetivo de la educación de acuerdo con la concepción ilustrada era enseñar a obedecer en una atmósfera de adiestramiento, rutina, previsibilidad. Romero también refiere el “cumplir” de Manuela en este sentido, aunque trastornando las directrices del orden permitido. Si recibe una educación sistemática en el convento de las monjas

de Santa Catalina, en una Quito anticuada, muy clerical, su “adiestramiento y rutina” comprende, además de lectura y escritura o labores propias de las futuras esposas y madres (trabajo con agujas, bordados de oro y plata, preparación de helados o sorbetes), una intensa ejercitación sexual promovida por expertos en estas lides (las presencias recomendadas por Bolívar para difundir “instrucciones” acomodadas a las mujeres):

Es ese convento [...] uno de los más pervertidos y escandalosos de Quito [...] A Manuela le toca como custodia [...] sor Juana Librada de la Santa Cruz [...] ella la inicia en la práctica de la lascivia y la sollicitación [...] No se conforma Manuela con el escarceo del amor sáfico [...] así [...] se entregó al fraile Bernardo Castillejo de Mejorada y Anzur, el más bizarro, instrumentado, buscón, putero y blasfemo fornicador de la frailería quiteña. (Romero 37-38)

El matrimonio como institución de base para la consolidación de la familia constituye un logro y una esperanza educacional en las sociedades posrevolucionarias. Es un modo de vida apropiado para las mujeres según los códigos de época (otro es la consagración a Dios). “Un intenso foco de coacciones” lo llama Foucault (49), por ser el espacio clarificador de los *debe/no debe* como puntuales lugares materiales y simbólicos de permanencia de los cuales no ha de salirse (el exceso por acepción es “salir de o rebasar” entre otros, “*fidem o modum*”)¹⁴ hacia la conservación de un estado de equilibrio y una tradición entendida siempre como selección y reelección de lo significativo en una continuidad deseada (Williams 174). Rousseau (322 y ss.) aconseja el matrimonio “dichoso” en búsqueda de la “medianía” —de ahí la necesidad de Sofía o la mujer para Emilio, en su Libro Quinto. Sade también lo aconseja a través de Mademoiselle de Saint-Ange, aunque por razones muy diferentes, diría ‘prágmáticas’ en cuanto favorece la plena libertad (“deliciosa”) y el amparo social a la mujer cuando de la satisfacción de apetitos y consecuencias desgraciadas se trata.¹⁵ Como se sabe, Manuela Sáenz se

¹⁴ Cf. *Diccionario Latino-Español* 173.

¹⁵ Dice Eugenia después de escuchar las “razones” de Mademoiselle de Saint-Ange: “¡Ah, quisiera casarme mañana mismo para poner inmediatamente en práctica tus máximas!” (Sade 53).

Mónica Marinone

casa con Thorne —antes, según Romero, ha hecho de las suyas dentro y fuera del convento, con hombres y mujeres. El matrimonio es convenido entre su padre y su futuro esposo, dos hombres casi de la misma edad:

Don Simón tenía suficiente dinero para encontrarle una pareja matrimonial a su hija y echar por tierra, de una vez por todas, las hablillas [...] La boda se fija para mediados de 1817, tras un noviazgo relativamente corto. Manuela no protesta. Termina por asentir. A decir verdad, lo mismo le daba casarse que no casarse. (Romero 52)

No es el matrimonio “dichoso” de Rousseau (317-318), quien cuestiona especialmente el “estilo” acostumbrado y brega por la elección libre —del hombre y la mujer—, presumiblemente acertada en tanto gesto resolutivo desde una posición acorde con la educación natural recibida. En cambio, las convicciones profundas de Manuela esgrimidas en la novela parecen fundarse en los anteriores argumentos de Sade: “¿[...] por qué no casarse con el Dr. Thorne? ¿Por qué no hacerlo si con ello iba a complacer a sus padres? ¿Si con el matrimonio iba a convertirse en una mujer respetada [...]? ¿[...] Si podría coquetear con el que mejor quisiese?” (Romero 53). Se ve el adulterio como quebrantamiento/desviación de la ley y fe conyugales, es una determinación, pero también una etapa ineludible en este *Bildungsroman* donde el estado civil de Manuela (esposa)¹⁶ se valora desde un título que la afirma como protagonista de modo oblicuo y obviando el eje del relato, su relación con Bolívar cuya presencia, sin embargo, lo enmarca en apertura y cierre.¹⁷

¹⁶ La palabra “esposa” en su acepción jurídica remite a “mujer casada”, la que “ha contraído matrimonio que subsiste”, es decir, contrato legal para vivir en matrimonio (Ossorio 293). Vale la pena el dato biográfico: Manuela Sáenz nunca se divorció del doctor Thorne y renegó de su ayuda durante su ostracismo (primero obligado, luego voluntario) en el Perú, después de la muerte de Bolívar. Tampoco recibió la herencia que obtuviera de Thorne (igual a la dote que aportara en su matrimonio) una vez muerto a manos de unos ladrones, y que le correspondiera “legalmente” por seguir aún casada con él.

¹⁷ La novela empieza en una fecha precisa (30 de agosto de 1828) referida a un momento histórico decisivo: a tres días del decreto orgánico de la dictadura impuesta por las rivalidades de la Convención de Ocaña, cuando Bolívar ha eliminado la vicepresidencia que ocupaba Santander, gesto que propicia más conspiraciones en su contra. Y finaliza del mismo modo, un 30 de octubre de ese año (también una fecha indicada), cuando se decide la mudanza de Manuela al palacio de gobierno.

Sobre la infidelidad de la mujer, nuevamente Rousseau y Sade se cruzan desde sus respectivas doctrinas: para el primero es lo reprobable por atentar contra su idea de virtud que según dice, “es una”;¹⁸ en el caso de Sade (43) es lo recomendado como conveniente, pues la palabra virtud sólo “transmite ideas puramente locales” (convenciones) puesto que “todo es relativo”. Pero en el sistema de lecturas que intento reconstruir para Romero aparece Fourier desde mi hipótesis. La circulación por las experiencias amorosas de Manuela entraña el culto de la voluptuosidad como animación del amor o “pasión de la sinrazón”, de la “naturaleza pasional” o “fuente” mantenida siempre en secreto, una energía desde donde irradian ímpetus reorientadores de la vida que por eso debe ser recuperada como manera de “recurrir a nuevas luces [...] para descubrir nuestros destinos sociales y alcanzar la felicidad [...]” (Fourier 362). Tanto en este punto —que diferencia radicalmente a Sade de Fourier— como en el adulterio encuadrado en el matrimonio y la monogamia —que permite también recuperar a Rousseau—, percibo el predominio de Fourier en la consideración de estas cuestiones por Denzil Romero. Cuando Fourier incita a atacar el tronco de las falsas luces, se refiere específicamente al prejuicio que determina, en las naciones civilizadas, la articulación de todo un sistema represivo de las pasiones en lugar de su estimulación e investigación (no olvidemos que es un hijo pródigo de las luces y arrastra su compulsión reflexiva, su impronta científicista, visibles en la modulación de sus tratados y escritos). La monogamia (el matrimonio), reconocida por consenso en Occidente como prototipo de la unión entre hombre y mujer, es la concepción que para Fourier (28) ha favorecido una sola y verificada gran consecuencia, la “cornudez”¹⁹:

Nuestras constituciones no quieren admitir más que un solo género de amor: la monogamia. Pero no se puede hacer reinar un solo género en exclusiva, por lo que la monogamia exclusiva o fidelidad conyugal es violada a cada instante y por todas partes se habla de adulterio. (Fourier 28)

18

No sólo importa que sea fiel la mujer, sino que la tenga por tal su marido, sus parientes, todo el mundo; importa que sea modesta, atenta, recatada, y que los extraños no menos que su conciencia propia den testimonio de su virtud [...] (Rousseau 281)

¹⁹ La expresión es de Fourier a lo largo de su tratado.

Mónica Marinone

Observemos que no se trata de la noción de virtud —ya para su exaltación, ya para su violación— como punto de mira del matrimonio, sino del género amor o esa pasión entendida como el núcleo productor de esta doctrina excéntrica, plasmado en el título del manuscrito que llega a nosotros,²⁰ donde se esfuerza en seguir el mandato de Bacon: rehacer el entendimiento humano olvidando lo aprendido. Cada página de Fourier, cada una de sus sistematizaciones desactivan nociones y perspectivas arraigadas en nuestra cultura: así, por ejemplo, arremete contra uno de los mecanismos fuertes de autopercepción en Occidente, el “hábito” civilizado/bárbaro/salvaje.²¹ La frase de apertura en la cita anterior (“nuestras constituciones”) instala de lleno en el dispositivo reglamentario fundamental para las naciones modernas. El resto, en su crítica despiadada del sistema legal “en civilización”, al que denomina en otro momento de su tratado un “absurdo cómico” frente a verdades “ridículas que demostrar” como la existencia continua, empecinada del adulterio (Fourier 55). Es claro que leyó a los filósofos y teólogos que preconizaron la represión de las pasiones aun adhiriendo al estado de naturaleza (como Rousseau), también a quienes intentaron ubicarse en las antípodas de los mismos (como Sade), y se lanzó a sobrepasarlos para “rehacer el mundo”²² desde un lugar de separación y duda.²³ Interesan por una parte, estos últimos gestos que restituyen el imaginario de la crisis como separación a través de la reflexión, a la par de su condición de utopista apostando al amor, quien desde un recorrido propio

²⁰

Los fieles que recibieron los cuadernos de Fourier y los copiaron con harta frecuencia, olvidaron este manuscrito y, cuando pasados los años, los miembros de la Phalange publicaron fragmentos dispares y reediciones diversas, dejaron de lado los cinco cuadernos de *El nuevo mundo amoroso*, que no obstante forman un volumen coherente y claramente novedoso. Este rechazo no fue fortuito: fue resultado de una voluntad deliberada. Víctor Considérant y sus amigos cercenaron una parte, la más audaz, de un mensaje que todos sus pusilánimes esfuerzos no pudieron reducir a los límites medios ni a las virtudes ponderadas. (Simone Debout–Oleszkiewicz x)

²¹ Véase especialmente “El fracaso de los filósofos” (Fourier 362-363).

²² La frase es de Barthes 95.

²³ Vale la pena señalar que Fourier dirigió su primer libro “a los curiosos, a los voluptuosos y a los críticos”.

persiste en la posibilidad de llegar a la “felicidad” (la promesa ilustrada) de la que la legislación humana apartara. Y por otra, la osadía de sus observaciones, comparable con la de un Sade, a quien sin embargo se opone desde la noción misma de placer.

El concepto de equilibrio, presente en el discurso político de Bolívar como la mayor aspiración en cuanto a sistemas políticos imaginados y a la formalización misma de su escritura, recurrente en las páginas anteriores desde posturas disímiles (Rousseau–Fourier) y explorado en función de esta novela de Romero, conduce a una de las “autoridades” fuertes en escritos fundacionales como la “Carta de Jamaica” o el “Discurso de Angostura”. Me refiero a Montesquieu. En *De l'esprit des lois* (1784), tras el “espíritu general” de una nación brillan nociones como coherencia y contrapeso: “Todo está extremadamente enlazado”, “Suprímase una de estas prácticas y se socavará al Estado”, dice el señor de la Brede.²⁴ Cuando Fourier (410) dictamina: “[...] en la armonía, los amores (y los placeres) se vuelven asunto de Estado y fin especial de la política social [...]”, se funda en preceptos de Montesquieu (en realidad, esta fuente asedia desde la elección misma del nombre de su ciudad utópica: Armonía o Harmonía). Y es uno de los rescatados justamente porque le permite el encuadre estricto en el tratado de filosofía política más abarcador de la época para articular las pasiones en diálogo ‘equilibrado’ con la razón. El trabajo de análisis, clasificación, contabilización, especificación, cuantificación (la empresa titánica de Montesquieu) implica en Fourier el pronunciamiento de un discurso de racionalidad acerca de las pasiones²⁵ esgrimiendo no sólo en un nivel comunicativo, sino metacomunicativo y desde una perspectiva vilipendiada, la teoría de los contrapesos tan mentada por quienes fomentaran las “falsas luces”:

[...] ignoran la teoría de los contrapesos [...] de suerte que la más loable pasión llega a ser peligrosa para el individuo o el cuerpo social que quiera desarrollarla en pleno —como lo atestiguan la continencia, la caridad, el amor de la gloria—, y una nación que practicase plenamente la continencia se acercaría a su acabamiento al cabo de medio siglo y se

²⁴ Tomo las citas de Tzvetan Todorov 412.

²⁵ Véase al respecto Michel Foucault 33.

Mónica Marinone

vería obligada a declarar que la civilización es un vicio que es preciso refrenar. (Fourier 410)

Romero inserta en su novela de modo intermitente las cuestiones revolucionaria y política, las entretiene en las búsquedas deseantes o universo placentero de Manuela Sáenz dejando entrever, así, una educación sincrónica a la escalada pasional hacia el estado de plena armonía. El proceso empieza por el desapego: se fuga del Convento de Santa Catalina con un español, el capitán D'Elhuyar, y su medio hermano, también su amante, es oficial del batallón realista "Numancia". Pero termina en el compromiso absoluto con la causa revolucionaria americana, iniciado antes de conocer a Bolívar y manifiesto después en acciones de pura exposición, como su participación activa en Ayacucho a las órdenes del general La Mar (Romero 128) o el resguardo del amante en la época de las conspiraciones y los atentados —que aquí Romero toca en sesgo y asume plenamente en *La Carajada*— a costa de su integridad física y social.

El par saber/poder o atributo fraguado en la Ilustración es blandido por Bolívar en sus escritos hacia la concreción de efectos persuasivos. La "Carta de Jamaica" resulta un ejemplo de lo que adelanté, especialmente por las circunstancias en que fuera escrita y por sus destinatarios positivos, directos e indirectos. En esta carta, el componente apelativo se sostiene sobre una base muy sólida que los componentes descriptivo, didáctico y programático aportan. Bolívar (*Doctrina* 62) emplea, además, la frase "deseo racional"²⁶ y abre claramente ese campo de proyección siempre controlada por el "buen uso de la razón" (kantiana) en el que trata de inscribirse cada vez. En la novela de Romero, el par saber/deseo, articulado desde Manuela Sáenz, funcionaría como variable de contrapeso hacia un completamiento de las "teatralidades"²⁷ revolucionarias y políticas.

Si Bolívar se esfuerza por mostrar su aprendizaje de la libertad fundado en un estado de razón que llega a direccionar hasta su deseo, Romero

²⁶ La frase pretendería desactivar la palabra "adivinación" (cuya fuerza, sin embargo, después supera el esfuerzo de Bolívar, dado que la carta ha sido denominada "profética") respecto de sus conjeturas sobre el desarrollo político futuro en los países de América.

²⁷ El uso es de Balandier.

muestra un aprendizaje de la libertad sostenido en el *buen uso de la pasión natural* que compromete también la guerra, el poder y la razón de Estado. Ambos saberes se conciliarían en la novela desocultando escenarios que hacen muy visible el *deseo*, lo que siempre está, especialmente cuando de *poder* se trata; y me parece que puede entenderse como la forma de socavar su concepción en tanto motor e instrumento de una racionalidad represiva. Si el “culto a Bolívar” para el pueblo (Carrera Damas 217 y ss.) como afirmación del poder político ha implicado en Venezuela el recurso a la espectacularidad desde conmemoraciones, manifestaciones y actos públicos e institucionales tendientes a su reseñalamiento o a la exposición de sus valores, en esta novela se trataría de la exposición de “escenas” del culto *del* pueblo, imaginadas desde un lugar que lo invierte simbólicamente como el gesto de desorden relativo a cualquier orden.²⁸ Me refiero a la capacidad amorosa del Libertador, continuamente referida en su anecdotario privado, una potencia o base de su autoridad que determinaría al mismo tiempo su vigencia y se señala en contextos menos oficiales, como los altares de las montañas: “Detrás de la piedra había un chorro —la fuerza de Simón Bolívar, me dijo Ofelia— y de verdad era muy fálico, eyaculando en medio de dos piedras negras, bien curvadas y suaves, para caer en un pozo de agua cristalina”. O ciertas pinturas populares que indirectamente la manifiestan: (Bolívar) “[...]es el hombre a caballo, un caballo que exhibe grandes testículos [...]” (Taussig 502).

Romero desbarajusta un mecanismo de legitimación política, se aferra, como muchos, al discurso de quien sustenta la mitología nacional venezolana, pero lo mezcla, se asoma a sus implícitos, lo expande e inserta la visión extraoficial que le es inherente.²⁹ En realidad creo que dicho

²⁸ Balandier (45) dice al respecto: “[...] he ahí donde reconocer las leyes de una termodinámica social en que se manifiesta la función asignada al desorden en el seno mismo del orden”.

²⁹ Es claro que los escritos de Bolívar constituyen genotextos fuertes para Romero y no me refiero solamente a los de carácter político. Para escribir esta novela, si trabaja sobre las biografías de Manuela Sáenz, además se sumerge en el rico epistolario amoroso del Libertador. Una carta dirigida a su amante con fecha de julio de 1826 ilustra la índole de esta correspondencia que Romero aprovecha y expande cuando noveliza la relación: “Mi adorada: [...]Tú quieres verme, siquiera con los ojos. Yo también quiero verte, y revertirte y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los *contactos* [...]” (Subrayado en el original) (Bolívar, *Escritos fundamentales* 276).

modo de reinscripción intenta sacar otros provechos, alguno anticipado en las cavilaciones del Bolívar íntimo que presenta en el primer capítulo de su novela: “y pensó para sí que todos, él y los consejeros, eran unos cínicos redomados [...] pensó que la obscenidad era inseparable de la política” (Romero 15). La palabra obscenidad, aplicada a la política, instauro, desde páginas iniciales, un mucho más allá de la sexualidad expresada obsesivamente, volviendo presentes interpretaciones que se han dado a su utilización, en tanto recurso, la de “apartar el velo” por ejemplo (Miller 93). Así, Romero refiere la “educación” de Manuela regodeándose de modo irreverente en aspectos constitutivos del primordial componente revolucionario francés: en los documentos del debate educativo se piensa una sociedad ideal cuyo denominador sería la “visibilidad total de la conducta individual y relaciones y su metáfora, la transparencia” (Bauman 107), de ahí mi uso reiterado de mostrar. También hace pensar.

En la novela estaría, entonces, la apelación al equilibrio, aunque descubriendo formas subterráneas: “la sexualidad libre es el muerto que resurge y vive” decían Horkheimer y Adorno (278). El exceso (lo que desborda la norma) sería la contracara inseparable de la razón (todo acto de cultura supone uno de barbarie). Y mostrando no sólo desoculta, hace evidente la posibilidad de ocultamientos o la necesidad de despertar a nuevos sentidos pretendiendo sustraer quizá de estados de inercia (interpretativa, resignificativa) que condujeran a reiterados fracasos políticos ya expresados en el grado cero de una historia nacional (continental) compartida. Los fragmentos del Discurso de Bolívar cuando asume el mando supremo del Estado ante el vacío de poder producido por la disolución de la convención de Ocaña, diseminados en la apertura de esta novela, explican “por boca” fehaciente del Libertador cómo se vieron burladas las esperanzas de todos ante el modo de implementación constitucional, de allí que piense en Fourier como una autoridad también en los sentidos político y económico. Porque Fourier expuso una crítica muy aguda del sistema capitalista y de la sociedad que lo rodeaba: Engels lo llamó “uno de los más grandes satíricos de todos los tiempos”.³⁰ Había vivido en Lyon conociendo la miseria obrera que la revolución industrial generara, de ahí su preferencia por la agricultura por ejemplo: más que

³⁰ *apud.* Touchard 432.

el aumento de la producción, su clave era el aumento del bienestar de todos. Incluso llegó a juzgar de forma severa la revolución de 1789, la que consideraba anti-democrática y anti-igualitaria, y a desconfiar de los Estados tal como se proponían, sosteniendo que la reorganización de la sociedad debía darse desde abajo, no desde lo alto. Siendo muy crítico del liberalismo económico señaló su rostro oscuro, el de la miseria o la anarquía, apuntando a una Inglaterra que para él ofrecía el más triste espectáculo. Desde estos conceptos resulta difícil olvidar la admiración de Bolívar por el sistema constitucional y parlamentario inglés o su resituarse en un espacio de referencia que tuvo como norte a esta potencia europea precisamente por su desarrollo industrial.³¹ O a Thorne y lo que él representa, el inglés de quien Manuela se burla descaradamente despreciando su amor, sus esperanzas, y a través suyo, del “honor” y el “respeto” mencionados como elementos de la educación a proveer en la Sección Tercera de la Constitución de 1819 que redactara Bolívar:

- ¿Qué honor [...]? ¿El mío [...]? ¿El de una mujer que ciertamente se refocila con Castillejo, un fraile putero, cuyo cipote mide doce pulgadas en redondo y diecinueve de fuste [...]? ¿Que también, en verdad, se fugó con D’Elhuyar [...]? ¿El honor tuyo [...]? ¿Qué honor?
—El inglés, Manuela— contestó el doctor Thorne sin perturbarse.
—Me cago en el honor de los ingleses [...] (Romero 63)

En Fourier la legislación como represión se ve deshecha porque su mundo utópico está desprovisto de todo mal. En *La esposa del Dr. Thorne* también el placer es ajeno al mal —la gran diferencia entre Sade y Fourier

³¹ La vinculación de Bolívar con los ingleses ha sido harto reconocida por biógrafos e historiadores. Desde su iniciación, en 1805, en la rama francesa de la logia escocesa Saint Andrew, en París, cuando fue presentado por Miranda con el Segundo grado (los de este grado se obligaban a no reconocer, en América, otro gobierno que el establecido por la voluntad libre y espontánea de los pueblos de acuerdo con los principios republicanos), se establece una relación con Londres que se prolongaría hasta el final de su vida. Entre los soldados de rango que fueron sus edecanes, siempre hubo ingleses “adoptados” afectivamente, como el hijo de sir Robert Wilson y el general Daniel O’Leary, uno de sus biógrafos. La valoración de los ingleses en el imaginario de Bolívar (directa o a través del pensamiento francés de la época) es visible en sus escritos fundacionales, tanto desde lo doctrinario como desde lo formal, cuando reconstruye sus sistemas de referencia.

estudiada por Barthes: el placer sensual resulta el móvil que lleva a la armonía (podría decirse, hacia toda posible construcción).³² Como indiqué, habría aquí una desactivación del concepto de ‘virtud’ y por ende de su antagónico (vicio) basada en una crítica de la “moral hipócrita” en beneficio de la “moral natural”.

Cuando Fourier (385-411) encomia las pasiones, subraya la imposibilidad de cualquier distinción entre “buenas” o “malas”, e identifica la moral con la superstición: “un mismo error”. Y precisamente desde su doctrina, los errores convertidos en prejuicios han alcanzado la fuerza de principios, de ahí su afán por combatirlos, un modo de acabar con las falsas luces (“Los amores en civilización son como la política”, dice, “el apogeo de la falsedad”, Fourier 403). También usa la palabra “excesos”, cada uno de esos experimentados y promovidos por Manuela desde un lugar que desconoce la valoración negativa —el de la moral civilizada o moralismo— y necesita de su recuperación para completar una educación propiciatoria de dicha armonía. Desde la celadonía, “primer orden del amor” o amor platónico del vulgo,³³ a la orgía, pasando por el safismo (con cuota de travestismo), el incesto, el adulterio, la Manuela de Romero cumple con las tipologías de Fourier transitando un ciclo hacia su realización, y si en algún momento empuña un discurso autocrítico desde el estado de razón o su *pathos* de perfectibilidad es solo para deconstruirlo (la última cita es un buen ejemplo). Así Romero, buen fourierista, enaltece la “voracidad” de Manuela y exalta cada una de sus partes (femenina y masculina) sin menoscabar ninguna cuando de deseos se trata. Propone la articulación equilibrada de dichas partes al describir el estado de armonía alcanzado con Bolívar, quien, dice:

[...] sabía tocar [porque] tocaba con exactitud, regalándose en cada toquido, explayando el fervor que le invadía [...] Pero también sabía complacer la parte masculina de Manuela, bien desarrollada [...] la parte varonil de su mentalidad amorosa; satisfacción alucinante de deseos, necesidad, aspiraciones, recónditas permisiones y tabúes milenarios, miedos ancestrales y exigencias perentorias [...] (Romero 187)

³² R. Barthes (95) llama *inventor* a Fourier y eso ha sido Bolívar respecto de la nación americana como Patria Grande, de ahí el modo como J. Martí lo denomina: “Padre Americano”.

³³ Es un concepto definido de este modo por Denzil Romero (112) basado en Fourier (201).

Por eso esta novela como totalidad parece ponerse siempre aparte, en paralelo o a contramarcha tal como Manuela Sáenz. Pienso que los propósitos deliberados —la irreverencia festiva, el desnudamiento, la glorificación de lo silenciado— orientarían, por un lado, hacia una relocalización despojada de la noción de prejuicio, adhiriendo probablemente a esa clase nueva de seres humanos emancipados que impulsara el *élan pédagogique*. La estrategia repetitiva y acumulativa visible en cada página,³⁴ con el consecuente efecto de naturalización del exceso (como desviación) que promueve, tendería a la suspensión de juicios de valor. La “cornudez” por ejemplo, compromete aquí al triángulo protagónico como denominador común: todos son cornudos y cada uno respondería a alguna/s de las ochenta categorías tipificadas por Fourier en su *Jerarquía de los cornudos*,³⁵ probando la hipótesis excéntrica.

Si como Romero (18) dice desde su Bolívar, “la memoria tiene una decidida inclinación a lo heroico”, la pulsión por el equilibrio obligaría a articular una fuerza contraria para contrarrestar la anterior. Por ello descubre un final humanizado en la debilidad de su “escuálida y terrible figura”, “de rostro (tan) demacrado” que produce estremecimiento. Es el cuerpo (individual pero también social) que “a duras penas” sube la escalera que conduce precisamente a la alcoba (la suya, la de Manuela) o lugar íntimo donde Romero decide concederle la reconciliación entendida como restablecimiento y acuerdo. Bolívar, en el comienzo de la novela, es el hombre solo en estado de necesidad, quien, sin embargo, logra sustituir el aislamiento o la discontinuidad asociados con el máximo poder alcanzado, refugiándose en un sentimiento de continuidad profunda que sólo el recuerdo y el vínculo con una mujer le provee (Bolívar solía llamar a Manuela Sáenz “la mujer única”).³⁶ Las cavilaciones nefastas de dicho comienzo aludiendo al fracaso político son reemplazadas por el recuerdo alucinado de la relación amorosa que le proporciona esa nueva energía desde donde irradian ímpetus reorientadores de la vida a que me referí. Por ello Romero cierra este relato abruptamente, con la decisión (compartida) de los amantes de

³⁴ He tratado detenidamente esta estrategia en “Escritura y nación: Denzil Romero y la “crisis” del proyecto bolivariano”.

³⁵ Hay edición en México, en editorial Coyoacán, 2000.

³⁶ Véase *Escritos fundamentales* 276.

Mónica Marinone

mudarse juntos (un final muy diferente del conocido, es claro) ¿No es éste acaso el cumplimiento de la educación según el mandato del maestro Rodríguez: la unión de voluntades capaces de decidir y hacer por el bienestar común? Por otra parte, si de visitar el panteón se trata cuando se asedia la idea de nación, aquí se produce centrando una figura femenina patriota (una opción cultivada especialmente por narradoras latinoamericanas), pero despojada de prejuicios o normas conducentes según criterios preestablecidos y en relación de paridad en cuanto a energía y potencia (sexual) con el héroe de la mitología nacional venezolana. El proyecto de Romero es ciertamente osado: esta novela de Manuela Sáenz permite recuperar, en clave biográfica, un linaje femenino que parece no ser fácilmente doblegado o que ensaya la rebeldía sin caer en el fastidio por ejemplo,³⁷ rearticulando sistemas de lectura nada despreciables en la revisión del altar de la patria como fundamento.

Obras citadas

- Baechler, Jean. "La universalidad de la Nación." Dirs. Gauchet/Manent/Rosanvallon. *Nación y Modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1997: 9-28.
- Balandier, George. *El poder en escenas*. Barcelona: Paidós, 1994.
- Barthes, Roland. *Sade, Loyola, Fourier*. Caracas: Monte Ávila, 1977.
- Bauman, Zigmunt. *Legisladores e Intérpretes*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1997.
- Blanchot, Maurice. *El diálogo inconcluso*. Caracas: Monte Ávila, 1996.
- Bolívar, Simón. *Doctrina del Libertador*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- _____. *Escritos fundamentales*. Caracas: Monte Ávila, 1983.
- Carrera Damas, Germán. *El culto a Bolívar*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1973.
- Darnton, Robert. *El coloquio de los lectores*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.

³⁷ Estoy pensando particularmente en otro *Bildungsroman*, *Ifigenia. Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (1924) de Teresa de la Parra que, como dice Susana Zanetti, "abre nuevos rumbos a la narrativa venezolana y, al mismo tiempo, entra también de lleno en la lucha por los modos de representación del género, por la configuración de la subjetividad femenina y la autoridad para definir su deseo" (315-316).

- Debout–Oleszkiewicz, Simone. “El destino excepcional de un manuscrito.” Charles Fourier. *El Nuevo mundo amoroso*. México: Siglo XXI, 1972: IX-XCVIII.
- Diccionario Latino–Español*. Barcelona: Biblograf, 1969.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad (1 La voluntad de saber)*. México: Siglo XXI, 1987.
- Fourier, Charles. *El Nuevo mundo amoroso*, México: Siglo XXI, 1972.
- Horkheimer, M. y Theodor Adorno. *Dialéctica del Iluminismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- Jitrik, Noé. *Historia e Imaginación literaria*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- Kant, Emmanuel. “Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?” Pról. y trad. Eugenio Imaz. *Filosofía de la Historia*. México: El Colegio de México, 1941.
- Marinone, Mónica. “Escritura y nación: Denzil Romero y la crisis del proyecto bolivariano.” *Actual* 49 (2002): 229–241.
- Miller, Henry. *La obscenidad y la ley de reflexión*. Barcelona: Argonauta, 1982.
- Ossorio, Manuel. *Diccionario de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales*. Argentina: Claridad, 1984.
- Renan, Ernest. “What is a Nation?” Ed. Homi Bhabha. *Nation and Narration*. London and New York: Routledge, 1990: 8-22.
- Romero, Denzil. *La esposa del Dr. Thorne*. 4ª edición. Barcelona: Tusquets, 1990.
- Rousseau, Jean–Jacques. *Emilio o De la Educación*. México: Porrúa, 1999.
- Sade, Marqués de. *La Filosofía en el tocador*. Barcelona: Tusquets, 2000.
- Taussig, Michael. “La magia del estado: María Lionza y Simón Bolívar en la Venezuela contemporánea.” Eds. Manuel Gutiérrez Estévez, Miguel León–Portilla, José Jorge Klor de Alba. *De palabra y obra en el Nuevo Mundo 2. Encuentros Interétnicos*. México: Siglo XXI, 1992: 489-518.
- Todorov, Tzvetan. *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI, 1991.
- Touchard, Jean. *Historia de las ideas políticas*. Madrid: Tecnos, 1975.
- Weinberg, Gregorio. “Condorcet y la instrucción pública.” s/d.
- Williams, Raymond. *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*. Buenos Aires: Paidós, 1982.
- Zanetti, Susana. “La escuela de las esposas: *Ifigenia* de Teresa de la Parra.” *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2002: 315-353.

D. R. © Mónica Marinone, D. F., enero–junio, 2006.